

Encubrimiento y Descubrimiento de Luis Oyarzún

Por ENRIQUE LAFOURCADE

TENGO en mis manos un hermoso libro, el "Diario" de Luis Oyarzún. Voy al encuentro de este ser excepcional. Con alguna melancolía; Luis es parte de mi juventud. La edición ha sido preparada por Leonidas Morales. No es lo que esperaba. No, lo que sabía, lo que habíamos leído tantas veces con el propio Oyarzún en esas tardes bajo los tilos del Forestal, por las playas de El Horcón, entre los bosques de robles de Caleu, esa prosa alada, inteligente, aguda, irónica, plena de humor, satírica, indiscreta. Sobre todo esto último: indiscreta.

Explicuemos algo: desde antes de 1950, cuando Oyarzún era un joven profesor que regresaba del Brasil, todo vestido de blanco (lo estoy viendo, con anteojos, cabeza de emperador romano, gordito, pequeño, con una risa hermosa y una alegría de vivir aún más bella que su risa, cargado de libros, poemas, anécdotas) solía vaciar en cuadernos y luego libretas, cada día, sus impresiones, pesares, pensamientos, dimes, diretes, en una suerte de "Diario" regocijante, íntimo. Por los años 50, o antes. Como Anais Nin, Oyarzún no de-

tuvo jamás esta tarea. Con el tiempo se acumularon docenas de libretas que él iba esparciendo en casas distintas, en viajes, por ciudades extrañas. ¿Mil páginas? ¿Dos mil? Con su apretada letra, hizo un minucioso registro de esos tiempos, de nuestro tiempo, de sus amigos, de la Generación del 50, de la Cultura del Forestal, de las pasiones, locuras, amistades, amores, furias y penas de un grupo de amigos.

Pues bien, en este libro que acabo de leer, nada o muy poco de esto aparece. Al morir Luis Oyarzún en Valdivia los innumerables cuadernos y libretas del "Diario" quedan en poder de su madre y sus sobrinos. También los revisa Jorge Millas, su buen amigo. Espanto. Hay hermosísimas páginas impubescibles. Referencias excesivas a escritores, pintores, políticos. Juicios de valor. Revelaciones. Se inician las tareas de poda y limpieza. Millas, de muy buena fe, las hace. Y luego, tal vez, Leonidas Morales las continúa.

Todo en el buen espíritu de presentar a un Luis Oyarzún más acá del bien que más allá del mal, pasteurizado, en la plenitud de sus pon-

deraciones como profesor universitario.

Creo que es un error. Que fue un error. Imagino que buena parte de este material expurgado se ha pe-

dido. Un "Diario" sin indiscreciones? El de Amiel, el de Gide, el de Julian Green, el de Virginia Woolf, el de la Mansfield, el de la Anais Nin, son prodigios en éstas. Y valen

por esa privacidad de vida que exhiben.

La verdadera historia

Advierto el existir de Luis Oyarzún como un acto mágico y poético directamente vinculado a la vida de su amigo y mentor el excepcional Roberto Humeres Solar, y de su asesor lúdico, a medio camino del satanismo, y en la mitad de la ruta del angelismo ascendente, el mítico poeta Eduardo Molina Ventura.

Oyarzún, Humeres, Molina, formaron una trinidad total, cerrada. En el último tercio de su vida se agregó a ésta Inés del Río, viuda de Balmaceda, la sin par "Momo". Pues bien, en el "Diario" casi ninguno de estos nombres aparece.

Permítidme que haga memoria. ¿Años de don Jorge? Antes. ¿Del General de la Esperanza? Mas atrás. Termina don Tinto. Viene don Gabito.

En un lugar de Santiago de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más boeuf a la mode que ciervo, centolla y ostras las más noches, patos a la naranja los sábados, carpacios de salmón los viernes, langostas los jueves, y algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres cuartas partes de su hacienda.

Seco de carnes, extraño de rostro. Alto, pálido, algo encorvado, vestido de franela inglesa. Hablo de Roberto Humeres Solar, nuestro abate, nuestro swami, el gurú encendido e iluminador que pontificaba cada tarde bajo el tilo, junto a la antigua Escuela de Bellas Artes. Era un pintor excepcional, que no pintaba. Arquitecto, urbanista recibido en La Sorbonne. Venía de París donde había vivido diez años. Hablaba un delicado francés. Sabía, de lento discursar con su voz profunda. Allí aparece Luis Oyarzún. Y el "poeta" Molina. Roberto los rebautiza como "los poetas" y también como "las catitas catas" porque parloteaban en forma nerviosa, atropellándose en sus discursos. El hidalgo y sus poetas vivirán juntos por muchos años. Viéndose todos los días. Y cada noche, —al retirarse de las veladas en el parque, seguidas luego en restaurantes como el "Club Alemán de Canto" de Esmeralda, "La Bahía" y "La Trinchera" en Merced, "El Jote", en San Pablo, "La Piojera" y otras casas de cena, según el estado de la bolsa del hidalgo, y continuadas en "El Bosco"— Luis Oyarzún escribirá su "Diario". Y cada mediodía, llamará por teléfono o acudirá personalmente a leerse a Roberto y a Eduardo Molina.

Llegan los discípulos

Roberto Humeres ejercitaba una evangelización estética movilizándolo a Luis. Y transcribio estas líneas: "No cesó de escribir. Sus muchos libros, poesía, prosa, ensayos constituyen apenas un adelanto de lo que deja, el "Diario". ¿Cuántos cuadernos lo forman? ¿Treinta, cuarenta? Allí está el verdadero escritor. Acaso se llegue a publicar, íntegro. Con suerte, sin expurgar nada. Es un documento que destruirá mitos, que dará fe de un instante esplendoroso de nuestra vida intelectual".

No pasó así. Habrá que esperar. Ojalá que aún esté el material que quedó en el Index Expurgatorio.

El maravilloso profesor Keating

Tiene quince años, está concluyendo con honores sus humanidades en el Internado Nacional Barros Arana. Lo designan ayudante. Era un niño. En la cancha de tenis se encuentra con otro estudiante que le pregunta qué hace y cuando él le explica, el otro le da un raquetazo en la cabeza diciéndole: "¿Qué vas a ser profesor tú?".

Así lo tratamos en nuestra primera clase. En el viejo Instituto Pedagógico de Cumming con Alameda

hace su ingreso. Cátedra de "Introducción a la Filosofía". Ese muchachito regordete, de anteojos, inmaculado en su terno de lino, tímidamente sonriente, está frente a cien monstruos. Se inician miradas cómplices. Comienza a hablar. La voz es de un timbre muy alto, casi femenina. Lo vamos a hacer trizas. Gesticula en forma cómica. ¡No tiene escapatoria!

Y entonces, en esa socrática demanda de "habla para que te conozca", Luis Oyarzún, adolescente, con cara de niño sabio, de putti renacentista, volando desnudo con sus risitos arcangélicos, en los cuadros, por las orillas de las asunciones y anunciasiones, avanza con sus palabras entre las risas, los murmullos, la manifiesta descortesía; saca las palabras y detrás de ellas, envuelta en ellas, ciertas ideas, y sus esplendores y las huellas de los arquetipos y habla un lenguaje puro, inaudito, perfecto y toca el corazón y la cabeza y poco a poco se va haciendo un silencio para usted, ganado por usted y el oyente altanero, el auditor que se siente fuerte porque participa anónimo en la horda, se va quedando solo frente al maestro que comienza a inocularlo con el suero de la verdad.

Y no es seca información la que sale de la boca del niño-profesor, con su cabeza de cónsul romano, con sus cabellos crespos. Aquí hay vida, una atmósfera donde está la vida del hombre, donde se habla de la poesía y la soledad; aquí está Demián contándonos lo que le pasa, lo que nos pasa. Es un viaje, entre persas, egipcios, judíos y griegos, pero es un sueño entre concretos y abstractos. Y el auditorio, la legión de bárbaros, están cogido, sobrecogido por la palabra. El tiempo no se advierte, nadie toma notas. Al fondo, contra la luz del otoño, el exorcismo continúa. Suena una campana. Hay estudiantes con los ojos llenos de lágrimas. Estamos inmóviles. Luis Oyarzún sonríe con inocencia, cierra sus apuntes que ni siquiera ha consultado. Se encamina hacia la puerta. Un estallido se produce, surge un aplauso espontáneo, enorme. Gritos. ¿Qué dijo usted? ¿De qué habló? Salimos del aula. Ya no éramos los mismos. El alma ha quedado temblando. Ya no dejará de temblar.

La extraña vida radiante

La carrera de Luis Oyarzún se advierte meteórica. Irá sin esfuerzo alguno por la jerarquía universitaria hacia el rectorado. ¿Y por qué no hacia la política y la misma Presidencia de Chile? Tiene todo. Es un superdotado. —"¡No contaban con mi corazón!"— me dirá, muchos años después.

Quizá allí estuvo el secreto. Esa hambre de absoluto que lo llevó a moverse por el mundo, tan pronto en Londres, como en Alhué, en Nueva York, en Fraga, en Moscú, o en Caleu, por Pekín o por Chileo. Escribiendo siempre su "Diario" interminable. Nos relamos de sus escrituras, de las trivialidades domésticas. Nosotros éramos kármicos y rimbaldianos y lautreamónicos y proustianos y faulknerianos y sartrianos. —"¡Chismes de una señora chilena de clase media, resentida y estúpida!"— solía gritarle el agresivo poeta Molina. Oyarzún se reía. Nunca dejó de ser niño. Su escritura era cuneiforme. En la última época vivió inventando y luego descubriendo un jardín gigantesco. La cultura es puro pasado que rescata para alimentar el presente. Una tarde de sol en Nahuelbuta se convertía en Tiépolos y Canaletto. Ese olivar crispado por Olmué al fondo, con sus cuervos, en un Van Gogh y en el romance de las tres morillas. ¡Cuántas veces no fuimos en extrañas y plenas excursiones, poetas, pintores, músicos, a Caleu! Por los días en que florecen los perales. Luis Oyarzún, gran lector en alta voz, saludaba a las abejas y a las ovejas del valle, Virgilio en mano. La línea de variados perfiles de las montañas de la costa eran bocetos de Leonardo. Los libros salían de todos sus bolsillos. El conde de Villamediana y el "Orfeo" de Juan de Jáuregui, bajo los canelos, en la posada del "hidalgo Ernesto".

Reviso un antiguo artículo de homenaje a Luis. Y transcribio estas líneas: "No cesó de escribir. Sus muchos libros, poesía, prosa, ensayos constituyen apenas un adelanto de lo que deja, el "Diario". ¿Cuántos cuadernos lo forman? ¿Treinta, cuarenta? Allí está el verdadero escritor. Acaso se llegue a publicar, íntegro. Con suerte, sin expurgar nada. Es un documento que destruirá mitos, que dará fe de un instante esplendoroso de nuestra vida intelectual".

No pasó así. Habrá que esperar. Ojalá que aún esté el material que quedó en el Index Expurgatorio.

Literatura y vida

Porque Luis Oyarzún concibió el acto de escribir como otro de sus modos de respirar. El 15 de mayo de 1961 nos informa: "Un tercer cuaderno del 'Diario' perdido. Signo de un máximo desorden. ¿Y por qué no tema de novela? Me digo: 'aparecerá'. Pero también me dije hace mucho tiempo que volvería a aparecer una persona que perdí por negligencia, que perdí de conocer y amar, y pasaron los años y no apareció nunca".

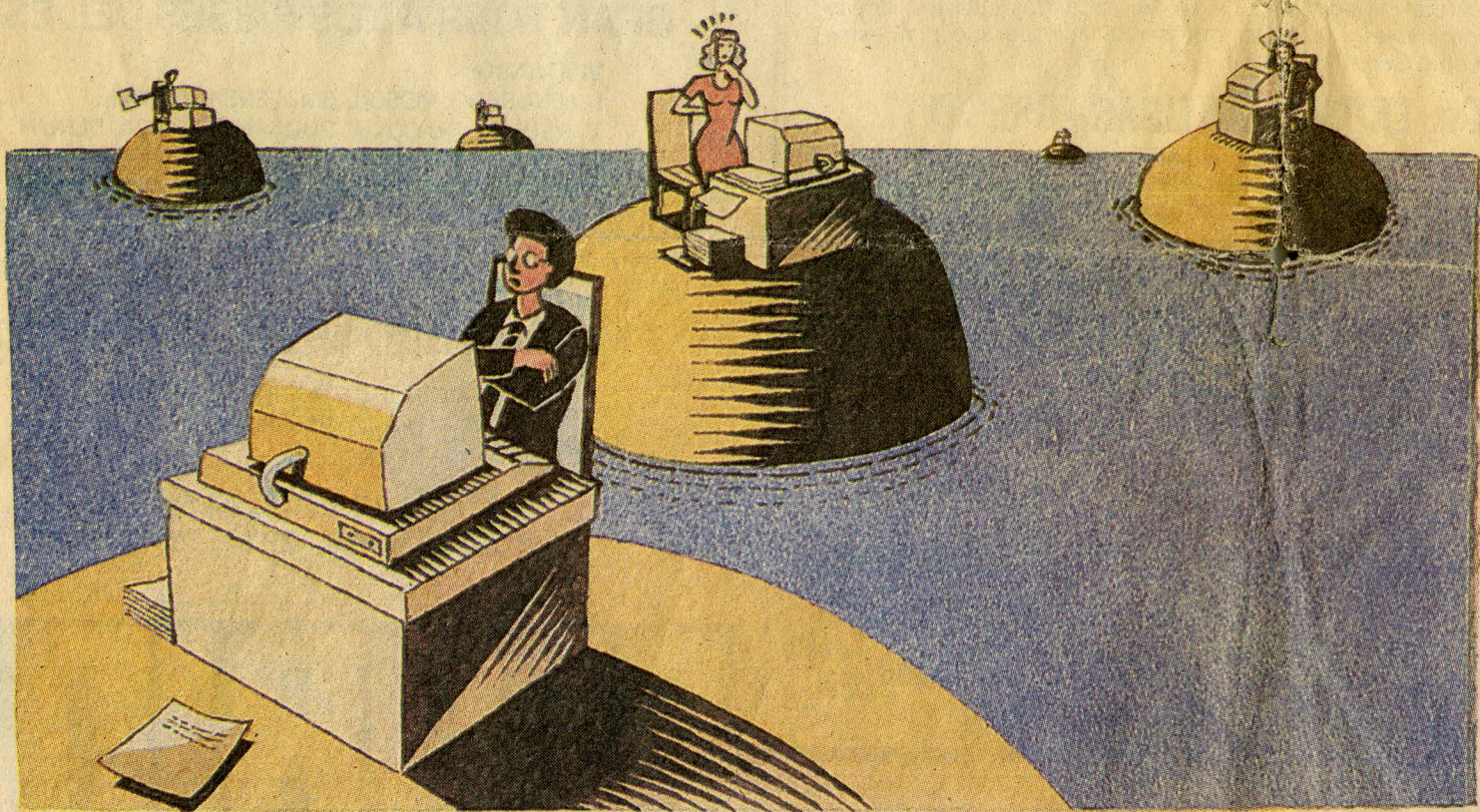
El 24 de mayo de ese mismo año: "¿Cómo recomponer un 'Diario' íntimo perdido? Desvanecidos los instantes que lo engendraron, toda reconstrucción parece una impostura".

Así escribía, sobre caliente. En tabernas y pensiones, en trenes y autobuses, atravesando canales en viejos botes de pescadores. "Desde Tilt hacia los cerros del poniente se penetra en los bolsillos de Tapihue, donde podría Fray Luis haber escrito su 'Oda a la vida retirada', interrumpido por el grito de un pavo, como éste que ahora me asedia mientras escribo".

Ecólogo, naturalista, sus últimos años transcurrieron observando el prodigioso mundo del sur, escribiendo para defender la vida de los aler-

(Continúa en la página D 22)

CADA UNO PARA SU SANTO



O TODOS PARA UNO Y UNO PARA TODOS

Ahora se puede elegir: poner un computador delante de cada persona con un programa para cada una, la impresora correspondiente y continuar usando papeles para traspasar información... o instalar una Red de Area Local.

Una Red de Area Local consiste en un programa computacional, un diseño de acuerdo a las necesidades de su oficina y cables para conectar los computadores y periféricos que hagan falta.

LAS VENTAJAS SON IMPRESIONANTES:

- 1) Usted aprovecha los equipos que ya tiene (que se vuelven mucho más potentes).
- 2) Usted comparte equipos entre varios usuarios. Por ejemplo, una impresora

basta o un solo disco duro o un solo modem (de acuerdo al uso) para varios microcomputadores (disminuyen los costos).

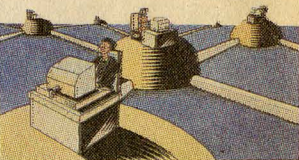
3) Un solo programa sirve para muchos usuarios. Una persona con un computador pequeño puede trabajar con un paquete de programas mucho más amplio que si estuviera solo (siguen disminuyendo los costos).

4) Desaparece (ahora sí) gran parte del papeleo de la oficina (adiós a los costos).

Por ejemplo, usted puede desarrollar programas de atención a público que involucren a varios departamentos y coordinar el trabajo entre ellos sin memos, ni recados, ni largas reuniones de coordinación, con facturas que se emiten automáticamente, inventarios al instante, pedidos automáticos a bodega, en fin, coordinación total en la empresa.

Las Redes de Area Local hacen que los computadores personales se vuelvan más poderosos que sistemas multiusuarios con la ventaja de una flexibilidad prácticamente sin límites.

En Computerland instalamos la primera Red de Area Local en Chile. Actualmente nadie ofrece una gama más amplia de configuraciones, programas y aplicaciones.



LA RED HACE LA FUERZA

NOVELL
IBM
APPLE
COMPAQ
TOSHIBA
SOFTLAND

Redes  Computerland

Av. Santa María 2560
Teléfonos: 2514001-2317416-2317432
Fax: 2517199

Encubrimiento

(Viene de la página D 20)

Luis Oyarzún DIARIO



ces, de las araucarias. Fue, sobremanera, un excepcional conversador de lentas sobremesas que duraban toda la tarde y parte de la noche, bajo los parrones de alguna casa de campo de Tiltill, discurriendo por los bellos jardines de Lo Gallardo; o en Horcones, en caletas olvidadas, trepando montañas, regresando siempre al Forestal, a la higuera-tilo bajo la que le esperaba Gauthama Humeres Solar. Vive en Nueva York, como Agregado Cultural ante las Naciones Unidas. Atraviesa horas negras. El dioscecillo de las vides le atormenta. "Yo sentía miedo ante los borrachos profesionales del Bowery, que no eran peores que los chilenos. Pero no sé por qué parecían aún más condenados", escribe. Y en otra parte de su "Diario", por esos años: "Querido Roberto, de pronto me viene la nostalgia de la primavera de tus ventanas, que no habré de ver ni aspirar golosamente..." "Los cielos de Nueva York son magníficos todavía, pero ¡tan altos!"

Ángeles y demonios

Creo que no es justo para su memoria soslayar sus tentaciones que le llevaron a una suerte de autodestrucción prematura. ¿Cómo podríamos entender a Edgar Allan Poe, a Charles Baudelaire, al mismísimo Oscar Wilde, al propio André Gide, sin comprender lo que los devoraba?

Me parece que Luis Oyarzún fue un espíritu candoroso, con una hipersensibilidad a toda intemperie que colocó ilimitadas esperanzas en el amor. Primero, en el posesivo y exclusivo amor por su madre que le vedó, freudianamente, toda otra mujer. Luego, en vuelco platónico, su amor de poeta hacia sus amigos.

A la luz (a la sombra) de la sexología actual, ya no debemos espantarnos tanto frente a ese amor que no se atreve a decir su nombre. Algunos se refieren a estas heterodoxias sexuales y afectivas como a enfermedades. Patologías. Yo creo que son más bien tristezas. ¡Si ya es absurdo y difícil el amor entre un hombre y una mujer, cuánto más tiene que serlo entre dos hombres, entre dos mujeres! Luis Oyarzún, admirador de los esplendores naturales, vivió grandes amistades con amigos que nunca, o casi nunca, fueron homosexuales. El sistemático rechazo al hambre de su corazón lo fue demoliendo. Su "Diario-río" estaba lleno de bellísimas páginas sobre estos ángeles benignos, malignos, estos Alcibiades castigadores. Contiene prodigiosas referencias sobre Roberto Humeres Solar y Eduardo Molina Ventura, sobre el siquiatra y músico y poeta Alberto Spikin Howard, sobre pintores y bohemios tranhumbantes. Allí se hallaba —¿se halla, aún?— parte fundamental de la picaresca de esos años en Santiago, las

pedagogas, Ricardo Latcham, Tito Mundt, los vagabundos del Forestal, Pedro Miras, Luis Advis, actores, excéntricos. Hay humor y amor para contar estas peripecias.

Nada de esto encuentro en este libro. Le pasaron detergentes y una aspiradora ética. Me parece una torpeza. El poeta-filósofo-naturalista Oyarzún vivió su elan vital bergsoniano entre las risas y el llanto. Sus pasiones pánicas, sus interrogaciones, perplejidades, melancolías. Todo lo volcó en este documento. Jamás se acomodó enteramente a su particular condición humana donde advertía cierta marginalidad.

Un vaso de bon vino

Su hablar fue gentil y paladino. El, preparado para el mundo de Apolo, cedió a las voces de Dioniso. Su alcoholismo progresivo lo arrastró hacia el país de los sueños. ¿Condenarlo por esto o por lo otro? No lo celebramos, tampoco. Pero ¿podríamos entenderlo eludiendo estas realidades? Como Rubén Darío, o Paul Verlaine, ¡ah, son tantos!, buscaron envolverse en las brumas de todos los alcoholes. Luis Oyarzún terminó sus horas "bajo el volcán". Y lo más excepcional de su prosa, tiene que ver con fragmentos de su "Diario" donde entremezcla fantasmas y visiones. De pronto, en este libro el verdadero Luis: "Valdivia, 15 de junio,

1971. Perdí un guante en el paseo Costanera, esta mañana de niebla cerrada y cuando lo encontré, parecía mi propia mano haciéndome reproches, clamantis in desertum".

El ciudadano del mundo vivía recatadamente en la ciudad del Calle-Calle. Recorría los pueblos aledaños "desabrochados por las lluvias". Le fui a ver ya casi en sus últimos días. El aprendiz de emperador romano con su cabeza alba y una mirada húmeda, como la de los pudúes, unos ojos —¿fue una impresión equivocada?— que parecían pedir perdón. En una pequeña casita llena de libros, pinturas y flores, con su madre. Le esperé. Había ido a comprar el pan. Bajo la fina lluvia avanzaba el poeta, moviéndose hacia los lados. "Me ofreció unos panecillos dorados. Les dicen 'pollitos' y son muy ricos", me dijo.

La sociedad de los amigos vivos

Ahora recuerdo. Luis es un botecito balanceándose, libro en mano, por las calles de ciudades y pueblos. El "chico Molina" con su barba blanca y su rostro púrpura, escucha leer, interrumpe, grita, dice algo insólito. El swami Humeres Solar marcha en el medio. Van hacia Lo Gallardo, al Jardín de doña Momo. Las eufemitas pican todas las flores chupándoles el azúcar. Doña Momo abre su bella casa renoiresca. Discurren. Es verdad que Luis Oyarzún se fue antes que nadie luego de salvarle la vida a un tulipánero condenado a muerte por la Municipalidad de Valdivia. Ya muy enfermo, casi sin hígado, corría desesperado de los diarios a las radios, de éstas a la municipalidad, pidiendo que no lo cortaran. El árbol, cada año, agradecido, florece para él. También se desvaneció el poeta Molina. Y finalmente Roberto Humeres, inmortal, como un caballero de la mano en el pecho, en las penumbras. "Debo regresar solo, se sale y se entra a solas," escribe Teillier. Los amigos con doña Momo luminosa, alegre, preparan las liturgias de la primavera. Llegarán Nicanor Parra y Hernán Díaz Arrieta, Jorge Palacios y "Peregrino", ese trashumante pintor llamado Iván Vial, y estará Luis Advis y Claudio Giacconi —que acaba de regresar de Manhattan— y Pedro Miras —volviendo de París— y Mario Espinoza, muerto en Mojave, California, en el desierto, y Armando Cassigoli, ido en ciudad de México, con una sola pierna, y Enrique Lihn, ¡Enrique!, ¡el "chico Lihn"! en diálogos con monsieur Pompiet. Están junto a los jarros de vino con frutas, y a la belleza de esta tarde de Bonnard en Lo Gallardo, Rigoberto Díaz y Jorge Edwards, Alberto Rubio y Alejandro Jodorowsky. Y Jorge Millas y Jorge Teillier. Todos los que fueron borrados del "Diario" por celosos y puritanos editores. Aquí, consagrando la sociedad de los amigos más vivos que el sol, cuidados por doña Inés, mujer de un cuento de hadas, nuestra Hada de la Guarda. Hay tardes, ahora, cuando camino por el Forestal abriéndome paso fantasmal entre el smog, en que he creído ver a Luis Oyarzún, de blanco, de risa blanca, de alma blanca.